que detrás de esos tapices está ocultando la cara un escritor humorista de los de la buena raza.

Adelante, caballeros, que cuesta poco la entrada, y que les sienten á ustedes perfectamente las *Gárgaras*.

Sinesio Delgado.



LA CARTERA

Vi en un Bazar hace un mes una cartera hechicera. (Es decir, que era cartera no lo supe hasta después).

De una belleza tan rara era su aspecto exterior, que no había comprador que de ella no se prendara.

Más bien era chiquitina que grande, y casi es seguro que, aunque de color oscuro, tenía una piel muy fina.

Cualquiera que la mirase la hallaría superior. En fin, era la mejor de todas las de su clase. Mas con inutil empeño hacerla mía intenté, pues con pesar me enteré de que ya tenía dueño.

Turbadas mis alegrías por la cartera dichosa, no pensaba en otra cosa más que en ella en estos días.

Cuando ayer, ¡quién lo dijera! ví à mi cartero Severo con la cartera hechicera. ¡Y entonces supe yo que era la esposa de mi cartero!



INVITACION

I DOLATRADO Lesmes: Tengo que darte una buena noticia que ha de gustarte. El domingo que viene, si no hace frío, (porque de este verano ya no me fío), iremos de merienda los de mi casa con las niñas del primo de Doña Blasa y la viuda del conde que vive al lado, (es ella la que vive, por de contado), y las tres vecinitas del entresuelo con el novio de Pura, que es violoncelo, y el marido de Tecla, que es abogado, y el hermano de Lola, que es jorobado.

Me pondré aquel vestido que á ti te agrada, de color de amapola desazonada. Todo lo que llevemos será fiambre. ¡Cuánto disfrutaremos matando el hambre! Llevaremos tortilla, jamón, pichones, sardinas, Valdepeñas, melocotones, butifarra, galletas y otras mil cosas exquisitas de suyo y apetitosas.

Iremos al Vivero, que es buen paraje, nos escabulliremos entre el ramaje, y allí, sobre la alfombra verde y mullida, (que es lo que más te gusta, prenda querida), comeremos sin duelos ni desazones y bailaremos polkas y rigodones.

Para que no te ofendas, bueno sería que tú llevases algo, vidita mía, algo que te sangrase poco el bolsillo, como los comestibles y el organillo, que lo demás nosotras lo pagaremos, á excepción del tranvia, si en él volvemos.

Por Dios no faltes, Lesmes, ¡Lesmes querido! No temas que mi madre te dé un bufido, que aunque siempre te ha dicho mamá que nones, es porque no te ha visto con provisiones.

¡Adiós, morrongo mío! ¡muerta de pena va à estar hasta el domingo tu

Magdalena.

RESPUESTA

"Magdalena querida: Por el correo recibo carta tuya, y en ella veo que me invitas con suma galantería á que pase en el campo contigo el día y á que pague los gastos de la merienda para evitar con eso que yo me ofenda.

Es un error; yo nunca me ofendería porque otro los pagase... ¡qué tontería! Lo que temo es hartarme de desengaños y disfrutar lo mismo que hace dos años.

Ya te acuerdas que fuimos á una pradera donde no había un árbol, ni uno siquiera, por capricho de un primo que Dios te ha dado que estaba con las plantas incomodado. Recuerda que aquel día me diste celos con cierto fabricante de caramelos que saltaba á la comba como un fantoche y decía sandeces á troche y moche.

Recuerda la bromita de aquel Darío que, al verme tan quemado, me tiró al río y gracias á que el río solo es de arena, no me mojé la ropa, que era muy buena.

Recuerda que me hiciste pasar dos puentes y doscientos sofocos ante las gentes, y tu madre, que es hija de Calasparra, y por eso le gusta la butifarra, deslizó frases feas en mis oidos porque se me olvidaron los embutidos.

Yo pagué las tortillas y las chuletas, el vino, las sardinas y las galletas, y pagué el organillo y hasta el tranvía, y no lo pagué todo, pichona mía, gracias á que el más fino de tus parientes pagó á medias conmigo los mondadientes.

Ya estoy yo de meriendas escarmentado, pues para mí son robos en despoblado; conque dile à tu madre que yo renuncio à ser primo sin serlo, que invite al nuncio y él podrá hacer mis veces á maravilla

y bailar con tu madre de coronilla.

Tómalo como gustes, amada prenda, y no dudes te adora

Lesmes Trastienda.»



PERDIDO PARA SIEMPRE

«Yo no sé donde he guardado ese dichoso papel, que, por más que lo he buscado, no he podido dar con él.

¿Si la doncella lo habrá pescado? ¡Es lo más curiosa! ¿Lo habrá cogido mamá para envolver cualquier cosa?

¡Sabe Dios! Y el manuscrito salta al momento á la vista, pues le escribió mi Pepito, que es famoso pendolista.

Dedicaré á San Antonio padre-nuestros á granel para que encargue al demonio que me devuelva el papel.

Lo he perdido por descuido, y eso es en mí cosa rara. ¡No sé cómo se ha perdido siendo la letra tan clara!

Harta estoy de registrar hasta el último rincón. ¡Dios mío! ¡No me hagas dar más vueltas, por compasión!›

Así exclamaba llorosa la niña Luz Camarasa, que, aunque es muy poquita cosa, lleva el peso de su casa,

sin dejar de sostener relaciones con Burguillos, un joven de Santander que comercia en calzoncillos,

y à más de ser propietario, tiene gran disposición para el arte culinario (dicho sea con perdón).

La pobre Luz Camarasa volvió á ver uno por uno los rincones de la casa, pero sin éxito alguno.

Y después que registró
con afán extraordinario
la almohadilla y el buró,
las cómodas y el armario,
renegando de su estrella,
desocupó en un segundo
el mundo de la doncella
(que era una mujer de mundo),
y examinó en un momento
tres cofres y un entredós.
Pero, nada, el documento
no le encontraba ni Dios.

Y al ver lo que sucedía, le dijo à Luz su papá:

—¿Qué buscas, querida mía?

—Un papel.—¿Si? Ven acá.

¿Era un papel manuscrito con letras gordas y claras, que un día te dió Pepito para que se lo guardaras, y en una de sus carillas contenía una receta

para poner pescadillas con salsa á la vinagreta?

- -Sí, tal. ¿Has roto el papel?
- -No lo he podido partir.
- -Entonces, ¿qué has hecho de él?
- -- ¡¡No te lo quiero decir!!



IALLI ESTÁ!

BARRIO extremo. Calleja muy retirada. Una casa ya vieja mal conservada.

Zaguán con una estrecha puerta en el fondo, y un banco á la derecha mondo y lirondo.

Tras la puerta un pasillo... como cualquiera y en él un ventanillo con alambrera.

Al fin, un sotechado. Puerta en el frente. Luego un patio cuadrado completamente.

En el patio una puerta desvencijada, que tan pronto está abierta como cerrada.

Tras la puerta un cuartito, cuyos rincones son el *club* favorito de los ratones.

Tras el cuarto otra pieza lòbrega y fria desde la cual empieza la galería

que vá à salir enfrente de un pasadizo extraordinariamente resbaladizo.

En uno de sus lados, puerta sin llaves. Dos tramos empinados más bien que suaves,

y partiendo del muro del descansillo, un corredor oscuro y otro pasillo, al que solo ilumina turbio reflejo de la luz mortecina de un farol viejo.

Un portón de madera con cuarterones. Después otra escalera con escalones.

A continuación una sala vacía donde no hay luz ninguna durante el día.

En uno de sus muros, puerta vidriera.
Dos pasillos oscuros.
Otra escalera, y al final, entornada, la puertecilla que conduce á la entrada de la bohardilla.

Un cuarto contrahecho, pero hediondo.

Luego un recinto estrecho, y allá, en el fondo, dentro de un lecho blando, muy calentito, Eleuterio roncando como un bendito.



SE NECESITA ESTÓMAGO

(Cuento extravagante)

Ι.

Mr amigo Paco Ferrer, hijo de San Sebastián (1), se hace de todos querer, porque es bueno como el pan; pero el Supremo Hacedor le ha condenado á vivir en el apuro mayor que se puede concebir. Hace seis ó siete años tuvo el pobre una patrona que le causó graves daños, porque era el diablo en persona; atendia por Pascuala, y le daba una comida que no la he visto más mala en los días de mi vida. En la sopa hubo de darle más de un pelo de la nuca, y hasta llegó á presentarle huevos fritos con peluca. Comidas tan asquerosas no sé cómo le nutrieron... En fin, al ver tales cosas, sus amigos le dijeron: Deja, Paco, á esa mujer, múdate y no seas tonto, mira que vas á perder el estómago muy pronto.» Lo perdió, por majadero, y exclamé, al verlo perdido: «¡Ay! ¡Cuál será el paradero de mi estómago querido! Sin tal órgano, barrunto, que no se vive, ¡ay de mi!

⁽¹⁾ De la capital de Guipúzcoa, no del santo mártir.

Nada, nada, voy al punto á buscarlo por ahí.»

II.

Vino entonces anunciada en yo no sé qué revista la habilidad reputada de un doctor especialista que, con rara perfección. se dedica en el Perú á la nueva confección de estómagos de cautchouc. Se llama, si mal no entiendo, don Torcuato Santafé; en el Perú está viviendo desde que allí puso el pié, y vende estómagos hechos ó los hace á la medida, bien anchos, ó bien estrechos, de poca ó mucha cabida, fuertes para diputados, endebles para cesantes, y algunos cuadruplicados

para personas rumiantes.
Leyó el anuncio Ferrer
y se dijo para sí:
«¿Qué más puedo apetecer
que encontrar lo que perdí?
¿Por artes de Belcebú
los confecciona un Galeno?
Pues me las guillo al Perú
por un estómago bueno.»

III.

Tres meses más adelante
Paco á la corte traía
un estómago flamante
que no se lo merecía.
Mas notaba cierto daño
que hácia la parte inferior
le causaba un cuerpo extraño,
y, en medio de su dolor,
en algunas ocasiones,
asombrado de verdad,
veía sus digestiones
con pasmosa claridad.

La extrañeza y el temor le hicieron mella en el alma, y volvió à ver al doctor, quien le examinó con calma, Y al hacer la operación de abrirle completamente, con profunda admiración vieron doctor y cliente del estómago en el centro las gafas de don Torcuato, que habían quedado dentro cuando cerró el aparato. Por eso Paco sentía tan extrañas desazones, y, al mismo tiempo, yeía tan claras sus digestiones!



LA PENA DE MUERTE

(Parodia de una poesia de SINESIO DELGADO, publicada con este mismo título en el "Madrid Cómico",).

I

A cumplir de sus amos los acuerdos, murmurando en su idioma, y custodiados por un rudo tratante de ganados, van por la carretera veinte cerdos.

Se ha prohibido gruñir, y las pedradas obligan, con ayuda del garrote, á aquellas criaturas desgraciadas á caminar al trote.

¿A dónde diablos marchan todos juntos? Al amplio matadero de la villa, à sentir en el cuerpo la cuchilla y à escuchar, cual oficio de difuntos, el bárbaro clamor del vecindario, que pide en plazas, calles y callejas no se le prive del manjar diario de rabo y lomo, de jamón y orejas.

¡Brava hazaña, por Dios! ¡Cuán inhumanos son los que mandan, de tocino ansiosos, que maten á traición tantos marranos, poniendo por razón que son sabrosos!

II.

¿Y qué hicieron los veinte? En una aldea adquirieron su expléndida gordura en alegres festines de basura, siguiendo su costumbre sucia y fea.

Y un día en que era excaso el alimento, dejaron sin narices á un muchacho que estaba en su corral, asaz contento, comiéndose una fuente de gazpacho.

¡Y qué ratos pasaron tan felices cuando el chico buscaba sus narices! Pero el terrible acero del municipio lo que coge pincha, y hoy se esparce la villa, ¡el mundo entero! para invertir en grasa su dinero. ¡Y aquel que no le tiene, aquel se chincha!

La prensa, inutilmente, anuncia à mucha gente que hay chorizos baratos à la venta, si esa gente no tiene ni una mota conque pagar la cuenta, mientras el que algo tiene se alborota si un jamón de Avilés se le presenta.

En vano, dando à su barriga lustre (1) con chuletas de cerdo colosales, impugnan estos crimenes brutales algunos que figuran en la ilustre Sociedad protectora de animales.

¡La humanidad es implacable y fuerte! No tuvo compasión. ¡Pena de muerte!

III.

Eso no puede ser. El pueblo avanza en busca del progreso. ¡Conque abajo

⁽¹⁾ Por dentro.

el sangriento festin de la matanza! Tratemos al lechón con más templanza, y quizá lo agradezca, aunque es marrajo.

Los veinte que hoy se quedarán sin vida son padres de familia, aunque de cerda, y por más que no importa al guarricida que un cerdo chiquitin sus padres pierda, ¡solo Dios es el dueño de la muerte! ¡Conque... en lo sucesivo, quien quiera cerdo, que lo coma vivo y haga la digestión con buena suerte!



NO ES CUENTO, NO

Don Antonio Pimentel, sobrino de Paz García, la hermana de don Manuel, que tuvo sombrereria en la calle del Clavel, y que se hallaba casada en segundas nupcias con Federico Monleón, que nació en Navacerrada el día de San Antón, se casó en Vitigudino con Teresa Palomino, sobrina de un guardafreno, que era de trato muy fino à pesar de ser moreno,

y de esta unión singular nació, porque escrito estaba, (y si no, lo pudo estar), un niño, que se llamaba no sé si Angel ó Gaspar, el cual niño fué creciendo y, sin darse de ello cuenta, fué en su corazón sintiendo puro amor hácia Vicenta, la hijastra de don Rosendo. Vicenta estaba, á su vez, hecha una loca de amor por un chico de Jerez que tenía en Aranjuez una casa de labor; pero este, llamado Pio, andaba en no sé qué lio con la prima de su madre, que era huérfana de padre, de padre y muy señor mío, cuyos ojos vivarachos flechaban á los muchachos, aunque estaba poseida de una pasión desmedida

por los bizcochos borrachos. Vicenta se apercibió del caso, con amargura, y enseguida se casó con un tal Pepe Miró, que la miró con ternura; pero, harta de desengaños, se fugó con un sargento hijo de Petra Sarmiento, la cual hace muchos años es sorda de nacimiento, y reside en Valdemoro con Patricio Berruguete. que tiene en su casa un loro comprado á don Telesforo por seis pesetas ó siete, cuando vino á Madrid con Joaquina la boticaria, á gestionar la expulsión de la lombriz solitaria de su cuñado Ramón. el cual, por cierto, era viudo y, à ruego de sus tres hijos, enajenó como pudo

la fábrica de botijos que tenía en Cogolludo...

«Y bien—dirá usted, lector,— ¿dónde vamos á parar?» ¡Perdí el hilo á lo mejor!... Pero, si está usted de humor, volveremos á empezar.



IOH, EL SERVICIO

Qué suerte me ha cabido tan desdichada! ¡No me dura dos días una criada! Desde Marzo hasta Julio, seis he tomado y las seis me han tenido desesperado.

La primera, Tiburcia, rechoncha y franca, demostró varias veces que no era manca y la eché porque un día tuvo un descuido y sacó un par de medias entre el cocido.

La segunda, Gertrudis, manchega y boba, era fiel como un perro de Terranova; pero, cuando eran flojos los comestibles, padecía unos flatos irresistibles.

La tercera, Torcuata, chica muy fina, satisfizo mis gustos en la cocina; pero, á causa de un caso que yo lamento,